

los mas atrevidos conspiradores; las palabras enérgicas que salen de su boca los humillan y anonadan. El testamento arrancado por sorpresa al moribundo monarca es rasgado en menudas piezas por las manos de una muger. Un tanto repuesto el soberano de sus dolencias y de su asombro, trasmite el cetro de la monarquía á su tierna esposa para que la rija hasta el total restablecimiento de su salud. Desde este momento la escena cambia. Cristina abre con una mano las puertas de la patria á los liberales proscriptos, y con otro rompe los cerrojos con que los enemigos de las luces tenían cerrados los templos del saber.

Fernando recobrado de su enfermedad lo bastante para poder manejar el cetro, vuelve á empuñarle otra vez, y ratifica el acta de 1830. La tierna Isabel es jurada solemnemente princesa de Asturias y heredera del trono por las Córtes de la nacion. Carlos protesta. Muere Fernando VII. en 1833..... Isabel es aclamada y reconocida como reina legítima de España. Comienza aqui una nueva era para la nacion.

## XVIII.

Cuando al leve soplo de una brisa suave se ve caer derrumbado el arbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, preciso es reconocer la intervencion de un poder superior que da á los agentes secundarios una fuerza de accion desusada y que de las leyes naturales no se pudiera esperar. «Dios, hemos dicho en el principio de este discurso, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la órden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.»

Todo lo habia ido preparando por caminos en que tal vez los hombres de entonces no repararon bastante. El fué sin duda el que cuando la existencia del monarca parecia mas marchita le dotó de una sucesion que le habia negado en los dias de su mayor virilidad. El quien permitió que el que tantas veces se habia retractado en vida, en contra siempre de los hombres de unos principios, se retractára una vez en favor de



ellos *in articulo mortis*, subsanando así en la muerte, si posible fuera, las contradicciones de la vida. No es esto solo.

Hallábase de un lado todos los elementos de fuerza, del otro sólo debilidad. De un lado la influencia y el poder, de muchos años ejercidos por hombres prácticos y sagaces, que contaban con un príncipe en edad sobradamente madura para poder manejar el cetro con propia mano, y dispuesto á realizar su reaccionario sistema: del otro dos princesas hermanas, y dos niñas inocentes; la flaqueza de la edad, y la flaqueza del sexo. De un lado el apoyo de medio millon de bayonetas; del otro el arrimo presunto de un partido debilitado por los infortunios, diezmado por los patibulos, no muy numeroso entonces de suyo, y diseminado por estraños climas. Y con todo esto dejáronse arrebatar al poder de entre las manos los poderosos y armados de los desarmados y débiles. Y el árbol añoso y robusto, que parecia desafiar las tormentas y los huracanes, cayó derrumbado al suave sople de una brisa ligera.

Al fallecimiento de Fernando, declaráronse abiertamente los partidarios del príncipe Carlos contra los derechos de la hija del monarca, y estalló la guerra civil. La de 1833 venia á ser una continuacion de la de 1827. Aquellos innumerables voluntarios realistas, que cuando eran todopoderosos se habian dejado desarmar, en unas partes con escasa resistencia, en otras

como flacas mugeres, fueron á engrosar las filas de la rebelion. Lo que no hicieron cuando eran cuerpos organizados, intentáronlo cuando eran solo individuos. Necesarios eran estos errores inconcebibles para que los que entonces eran todavía pocos triunfaran tiempo andando de los muchos. Agrupáronse á su vez los liberales en torno á la cuna de la hija de Fernando y en derredor de la bandera enarbolada ya por la viuda del rey. Cristina reclamó su auxilio y no podian negársele. Necesitábanse mutuamente, y hablaban en favor de esta union la gratitud, el deber, la hidalguía y la conveniencia. Era la causa de dos reinas, inocente y tierna la una, bella y jóven la otra. Era ademas la causa de las luces, de la civilizacion y de la libertad. Los enemigos de ellas habian abierto el combate, y la lucha fué aceptada.

Comprimido por dos sangrientas reacciones el gran principio de libertad que desde 1810 habia ido sobreviviendo á las persecuciones y los infortunios, pugnaba por dilatarse. La resistencia se anunciaba terrible. Era por lo tanto insostenible en tal situacion el sistema de inmovilidad y de *stato quo* que intentó plantear un ministro poco conoedor de la ley natural del movimiento y de la resistencia. Quiso por medio de un Manifiesto célebre tranquilizar á los dos partidos, y descontentó y desazonó á todos. Procuró disfrazar el absolutismo bajo formas menos odiosas, y dándole un nombre mas bello que exacto; pero aun



asi se le reconoció, y fueron repudiados el autor y el sistema.

Reemplazóle otro ministro con el Estatuto Real, término medio entre la libertad y el absolutismo, concepcion indefinible entre la ficcion y la realidad, y que pareció un parto raquíico á los amigos de las reformas, y una nueva quimera en el estado en que ya los ánimos se encontraban. Proponiéndose su autor huir de las reminiscencias de la Constitucion francesa de 1791 que se advertian en el Código de Cádiz, cayó en el extremo opuesto, como si hubiera tomado por modelo la carta otorgada de la restauracion, rasgada en las jornadas de julio. Sin cesar combatido el Estatuto desde su nacimiento, arrastró dos años de procelosa existencia, y cayó á impulsos de una revolucion movida por los mas fogosos liberales. Por tercera vez se aclamó la Constitucion de 1812.

Brusca y desacatada fué la manera como se obtuvo el asentimiento de la reina regente: deplorables los excesos que en aquellos dias de agitacion se cometieron: digna de toda alabanza la sensatez con que se procedió á la revision y modificacion de aquel código político en cumplimiento de una condicion impuesta. Desempeñaron esta delicada mision las Córtes constituyentes con mas aplomo del que pudiera esperarse en época tan revuelta y enmarañada. Alzóse la Constitucion de 1837 como una bandera de concordia en derredor de la cual habian de agruparse las diferen-

tes fracciones de los amigos del gobierno representativo. Mucho menos monárquica que el Estatuto, pero mucho menos democrática que la del año 12, consignébase en ella el principio de las dos cámaras, y dejando regular ensanche al elemento popular, se robustecía al mismo tiempo el poder de la corona. Fué entonces saludada con demostraciones de universal beneplácito, y nadie en aquellos momentos, por suspicaz que fuese, calculaba ni presumia, ni sospechaba siquiera, que hubiera de alcanzar tan solo ocho años de vida, al cabo de los cuales habia de elaborarse otra Constitucion que reemplazara aquella, variando unos y conservando otros de sus principios fundamentales.

La guerra civil habia ido tomando colosales proporciones, y mientras la revolucion política gastaba con rapidez constituciones y ministerios, la rebelion carlista con no menor rapidez consumia los recursos del estado y gastaba los generales de mas reputacion y prestigio. Un militar de inteligencia y de genio, que por un desabrimiento personal habia pasado de las filas de la reina á las del príncipe pretendiente, habia organizado y reducido á pié de ejército las que en un principio habian sido masas irregulares y bandadas indisciplinadas. La muerte de este genio extraordinario fué una gran pérdida para los insurrectos. Pero el impulso estaba dado, y era ya tal su pujanza que en mas de una ocasion obtuvieron ventajas sobre



gruesos cuerpos del ejército nacional mandados por generales que pasaban por expertos y bravos. Mas no solia marchar en armonía la bravura y el acierto en los planes de compañía.

El tratado de la cuádruple alianza fué mas aparatoso que eficaz. La diplomacia pudo fácilmente eludir compromisos, interpretando del modo que mas le convenia las palabras de un texto que se prestaba maravillosamente á todas las versiones. Contentáronse las potencias signatarias con permitir que viniesen unas cortas legiones auxiliares á sueldo de España. Cuando se invocó su intervencion, no se creyeron obligadas á tanto, y se recibió un desaire. Se pedia socorro, y contestaban con simpatías. En la asamblea de una de las naciones aliadas se pronunció un *jamás* que apesadumbró á muchos, pero que se convirtió en honra de España cuando se vió la lucha llevada á feliz remate sin estrañas intervenciones. Cargos de deslealtad ó por lo menos de doblez, hacía á algunas de ellas la prensa diaria, y no sabemos hasta qué punto las podrá absolver de ellos la historia.

Algo humanizó el tratado. Elijot una guerra que habia comenzado con ruda ferocidad, no dándose cuartel los contendientes. Pero duró poco la templanza. Encrudeciéronse otra vez los partidos, y hombres de instintos dañinos, dueños accidentalmente de la fuerza, prevaliéndose de la turbacion de los tiempos, se abandonaban á actos de bárbara fiereza al abrigo

de la impunidad. Estremecen todavía los recuerdos de tantos sacrificios horrorosos, y parécenos resonar aun en nuestros oidos los ayes de tantas víctimas inmoladas por aquellos modernos vándalos, afrenta de la humanidad y del siglo, y deshonor de la causa que los contaba por defensores. Ni por eso disculpamos las demasías y crueldades, y las represalias imprudentes ejercidas á su vez por algunos de los que peleaban por la causa de la libertad y del trono legítimo. La civilizacion condena y la humanidad repugna tales monstruosidades, cualquiera que sea el que las ejecute ú ordene. Y si algo puede, á fuer de españoles, ya que no consolarlos, atenuar por lo menos la pena de tan ingratos recuerdos, es la consideracion de que en el corto período de convulsion política que posteriormente ha agitado la Europa, hemos visto á las naciones mas civilizadas ser teatro de mas execrables y repugnantes crímenes y en mayor número de los que mancharon el suelo español en siete años de mortífera y encarnizada pelea.

Naturalmente habian de abundar mas los desmanes y escesos de parte de los rebeldes, en cuyas filas si bien militaban muchos hombres probos á fuer de generosos defensores de una causa que sus ideas y sus convicciones les representaban como la mas justa, se alistaba ademas y se recogia, como en un receptáculo siempre abierto, toda la gente aviesa, que ó mal hallada con la sujecion inherente al ejercicio de un



arte mecánico ó de una profesion lentamente lucrativa, ó temerosa de los fallos de los tribunales, ó viciada con la vagancia, ó desesperada por la miseria, buscaba rápidos medros á favor del desórden y de la vida aventurera (tendencia que por desgracia ha distinguido siempre y parece innata á los hijos de nuestro suelo), y se arrimaba á una causa á cuya sombra tan fácil era cometer á mansalva despojos á que antes se daba otro nombre, y cuyos perpetradores se disfrazaban con dictados políticos, menos mal sonantes que los que en otro caso hubieran merecido.

Daba tambien á veces ocasion al descontento y alas á la insurreccion, ya la falta de un buen órden administrativo, llaga que parece incurable en España, ya algunas medidas ó impremeditadas ó incompetentes de gobierno, que sin crear nuevos intereses lastimaban derechos antiguos, y sin captarse adictos engendraban desafectos. Repetíanse las sublevaciones militares y las conmociones populares, provocadas unas, sin apariencia de justificacion otras. A veces una insubordinacion militar inutilizaba ó contrariaba una providencia saludable del gobierno; á veces por el contrario, la conducta de los gobernantes excitaba, ó por lo menos suministraba pretexto al levantamiento de una ó mas ciudades, y se distraia la fuerza pública destinada á las operaciones de la guerra para emplearla en sofocar la sublevacion desguarneciendo una línea de defensa. A veces mientras un

general ganaba un importante triunfo sobre el enemigo, otro general se ponía á la cabeza de un motin; ó mientras los milicianos nacionales defendian heróicamente sus hogares y sus vidas y daban ejemplos sublimes de bizarría y resolucion en las poblaciones y en los campos, los gefes de los ejércitos se entretenian en promover un cambio de gabinete, ó empleábanse los representantes del pueblo en debatir personales y fútiles altercados.

Alentaban igualmente á los enemigos de la libertad las escisiones y desacuerdos que muy pronto comenzaron á dividir á los hombres de la comunión liberal, que empezando por desconvenirse en cuestiones abstractas de política ó en los medios de realizar las reformas, concluian por hostilizarse con encono, y parecia emplearse mas en destruirse á sí mismos que en inutilizar los esfuerzos del enemigo comun. Epoca de pasiones, como todas aquellas en que para regenerarse una sociedad pasa por un período de fermentacion.

Por fortuna para los liberales, bullian iguales ó parecidas discordias en el campo y en la córte carlista. La presencia del príncipe pretendiente en las provincias del Norte, núcleo y foco principal de la rebelion, si bien habia alentado al pronto las masas, fáciles de fanatizar, sobre haberlas servido de no poco embarazo y estorbo, teniendo que distraer fuerzas y recursos para atender á los gastos y á la proteccion de una



córte ambulante y nómada, habia llevado tras sí un manantial perenne de rivalidades y de intrigas entre sus adeptos, sirviendo ademas para poner en evidencia su nulidad á los ojos de los mas ilustrados de los suyos. Veian estos de mal ojo á su rey circundado siempre y supeditado por hombres fanáticos y por influencias monacales, y murmurábanle de ser él mismo mas cortado para monje que para monarca. Asi se fueron formando en aquella pequeña córte dos partidos que se miraban primero con desconfianza y desapego, despues con ojeriza, y que trabajaban mutuamente por desconceptuarse, suplantarse y destruirse. A la cabeza del primero estaba el mismo príncipe, y componíanle los ultra-realistas, inquisitoriales y antiguos apostólicos: formaban el segundo los realistas mas templados y menos fanáticos, los que hasta cierto punto transigian con las nuevas ideas, los mas propensos á la tolerancia.

A pesar de todo, la insurreccion llegó á tomar un vuelo imponente; cundió por todas las provincias de la monarquía; dominaba en algunas; amenazó una vez y puso en alarma á la misma capital del reino; y no fueron pocos los que en mas de una ocasion concibieron sérios temores y pusieron en tela de duda el éxito final de la contienda.

Pero la causa de la inocencia y de la civilizacion que milagrosamente se habia salvado en el alcázar de los reyes, no estaba destinada á sucumbir en los cam-

pos de batalla. Las ideas habian derramado ya demasiada luz para que la ilustracion pudiera ser vencida por las sombras del fanatismo.

Vióse declinar la causa carlista desde que se frustró la temeraria tentativa sobre Madrid. La superioridad que iban tomando las armas constitucionales hizo desarrollarse mas los gérmenes de division que pululaban en los campamentos y en derredor de la diminuta córte de Oñate. Conocieron los menos obcecados la inutilidad de sus esfuerzos por sostener una lucha, larga en duracion, costosa en sacrificios, estéril en resultados, y de cuyo término no tenian motivos para augurar favorablemente, y se formó un partido de gefes con tendencia á la paz y con disposiciones de aceptar una transaccion. Penetraban estas ideas en las masas y cundian en los pueblos. Participaba de ellas el que mandaba en gefe el ejército realista.

Las discordias crecen, los partidos se enconan, la escision estalla. Las sangrientas ejecuciones de Estella abren un abismo entre el desacordado príncipe y el osado caudillo de sus tropas, y entre los parciales de uno y otro. La pobreza de espíritu y las debilidades y contradicciones del príncipe con el audaz ejecutor de aquella tragedia terrible, acaban de desconsiderarle con los suyos. Triunfa el caudillo del ejército realista, y desde este momento le es fácil entenderse con el general en gefe de los ejércitos constitucionales.



Las negociaciones se activan; la idea de paz gana prosélitos en las filas de uno y otro campo; celébranse pláticas; entáblanse tratos; ventílanse condiciones; se repiten las entrevistas; se ajusta el convenio; y e patético drama de la guerra civil termina con un desenlace tierno, noble y sublime en los campos de Vergara. Eran solo españoles los que se encontraban allí, españoles que se habían combatido enemigos y se abrazaban hermanos. Aquel abrazo afirmaba á una reina inocente y tierna en el trono de sus mayores que por espacio de seis años le había sido encarnizadamente disputado, y decidía el triunfo de la civilización y de la libertad. Voces de júbilo y cantos de regocijo resonaron en todo el ámbito de la monarquía.

Á poco tiempo cruzaba el Pretendiente la frontera del vecino reino, á devorar su amargura en el lugar que al gobierno de la Francia le plugo señalarle.

Inútil fué la pertinacia con que los mas tenaces defensores del carlismo intentaron prolongar todavía la guerra en algunas comarcas de la Península. El mas feroz de sus caudillos vióse igualmente forzado á buscar su salvación con el resto de sus terribles bandadas del otro lado de la frontera española. En 1840 no quedaba en el territorio de la Península un solo carlista armado.

Ni han sido mas felices las tentativas posteriormente ensayadas por algunos genios incorregibles para

resucitar la causa que había muerto en los campos de Vergara.

Terminada la guerra civil, avivóse mas la guerra política y de opiniones entre las diversas fracciones del partido vencedor. Que en las épocas de regeneración parece que el espíritu humano no acierta á vivir en el reposo, y busca, si no los tiene, incentivos que le agiten, y nuevas luchas en que gastar el exceso y sobreexcitación de su vitalidad.

Una cuestión de la ley municipal llevó la desavenencia del campo tranquilo de la discusión al terreno peligroso de la fuerza. En 1840 un movimiento popular imponente se proporcionó en favor de los hombres de mas avanzadas ideas en materia de reformas, y en contra de los que en aquella sazón tenían el poder. Mantúvose del lado de estos últimos la Gobernadora del reino; declaróse por aquellos el general Espartero que mandaba los ejércitos, y echando su espada en la balanza acabó por darles el triunfo. Creyóse la reina madre en el deber de renunciar la regencia antes que ceder á la general sublevación, y dejando la guarda de sus augustas hijas confiada al patriotismo de los españoles, abandonó las playas de la Península y se ausentó del reino.

Las Córtes encomendaron la regencia vacante al afortunado general que había tenido la suerte de terminar la guerra civil, y á quien rodeaba entonces ancha aureola de prestigio. Confióse la tutela de las au-



gustas huérfanas á un ilustre veterano de la libertad.

Lejos estuvo de ser tranquila la regencia del duque de la Victoria. Una conjuración militar se fraguó para derrocar al regente. Estalló, fué vencida y corrió en los cadalsos sangre ilustre. Adversarios y amigos lloraron la de un general bizarro cuya lanza habia sido el terror de las huestes carlistas. La revolución devora sus propios hijos. Dos años mas adelante se formó contra el gobierno del regente una coalición en que entraron hombres de diferentes y aun opuestos partidos, de buena fé unos, con ulteriores y encubiertos designios otros. Fuéles adhiriendo el ejército, que en su mayor parte abandonó al regente Espartero, como tres años antes habia abandonado á la Gobernadora Cristina, y Espartero á su vez tuvo que ausentarse de España como la madre de la reina. Los sacudimientos políticos no perdonan ni á los hombres eminentes salidos del pueblo ni á los vástagos y padres de reyes.

Vencedora la coalición, menor de edad la reina, la regencia de nuevo vacante, y no sosegada todavía la España, el gobierno provisional y las Cortes por él convocadas acordaron anticipar la mayoría de la reina, remedio muchas veces ya usado por la nación, para obviar conflictos en los casos de minoridades turbulentas.

Aunque el ministerio aclamado por la coalición antes y despues del triunfo habia salido de las filas de

los hombres del progreso, desavenidos que fueron los coalicionistas pasó el poder á manos de los que se nombraban conservadores, ya por arte y maña de los unos, ya por incomprensible inercia y flojedad de los otros. Obra suya fué la reforma del código de 1837, ó mas bien la nueva Constitución de 1845. Resolvióse tambien el importantísimo punto del matrimonio de S. M., realizándose en un dia la doble boda de la reina doña Isabel II. y de la princesa su augusta hermana, no sin protesta y disgustos del gabinete de la Gran Bretaña, causa y raíz de algunas malas inteligencias que despues entre los gobiernos de ambas naciones sobrevinieron.

Ha sido el alma de la situación creada en 1843, con breves intervalos, el general Narvaez, duque de Valencia, hombre de nervio y de acción, y uno de los que contribuyeron mas al triunfo del movimiento coalicionista de aquel año. Deben en gran parte los que desde entonces han regido los destinos de España á su actividad y su fortuna el haber sofocado ó vencido los sacudimientos y perturbaciones de diversas índoles y tendencias que desde aquella época han acontecido en varios períodos y puntos de la Península, no sin que haya vuelto á correr sangre española en los campos, en las calles y en los patíbulos: deplorable fatalidad de las revueltas y agitaciones políticas.